

Los días cortados

Joaquín González Acuña

Prólogo

La forma de vivir en una ciudad, aunque ello siempre dependa de la época en la que se vive, es muy distinta a la de un pueblo y más si se trata de una aldea. En la ciudad siempre hay más libertad para poder vivir. En una aldea podríamos decir que esa libertad casi no existe.

Las personas en una aldea viven tan encorsetadas por las costumbres y tan pendientes del qué dirán de sus vecinos que se cuidan mucho de hacer algo que traiga deshonra a la familia.

En las aldeas los hombres tenían total libertad. Un ejemplo es que podían ir a los bares o al cine, de hecho es lo que hacían. Pero esto era imposible para las mujeres, ellas tenían que estar demostrando su honradez constantemente.

Las jóvenes, si querían hablar con sus amigas para poder contarse sus cosas, se reunían después del trabajo en casa de una de ellas. Se contaban lo que les había pasado, con quién habían estado, qué chico les gustaba. Se explicaban esas nuevas sensaciones que no se atrevían a contar a sus madres. ¡Cómo decirle a una madre que aquel chico había intentado besarla!

Se entiende que esta forma de vivir para otros fuera incomprensible. Lo digo porque cuando venían de vacaciones, los madrileños no miraban nada bien esas costumbres. Sin embargo, a ellos no les iba nada mal, porque la gente del pueblo los miraba con cierto respeto y nada decían cuando las jóvenes iban al cine o tomaban algo en la única cafetería que había en el pueblo, si a eso se le podía llamar cafetería.

Yo entiendo que en todos los pueblos existieran tradiciones arraigadas a su pasado, que hubiera normas que coartaran la libertad a la que cada persona tiene derecho, si bien es algo que siempre ha llamado mi atención y que no he conseguido entender, ni tan siquiera ahora que ya tengo cierta edad.

Los hombres casados tenían la libertad de ser dueños de sus movimientos, sus ideas eran las que tenían valor. Por el contrario, las mujeres debían estar en casa a la espera de que ellos volviesen y no se

empezaba a comer si ellos no habían llegado. Las hijas eran las encargadas de limpiar la cocina y debían pedir permiso a sus padres para poder salir. El hombre iba a echar la partida. Solían decir: “Bueno me marcho. A las siete estate preparada que te vengo a buscar para sacarte”. A mí la palabra “sacarte” me chirría. ¿Qué es eso de “sacarte”? ¡Como si fueran perros! ¿No hubiese sido más normal decir: “Estate preparada. Sobre las siete te vengo buscar para salir a dar una vuelta”?

Las tradiciones hacen que uno se sienta atado e impotente para ser libre de hacer o decir lo que quiera, que los sentimientos se tengan que llevar ocultos, como si fueran un delito. Pero así era entonces.

Esta es la historia de esas tradiciones que pueden acortar la vida de las personas cuando prevalecen sobre los sentimientos. Es posible que esas tradiciones, costumbres, hábitos de vida existieran antaño... No lo sé, como tampoco sé si todas ellas son ciertas.

La historia que he plasmado transcurre entre esas ideas y pensamientos, a los que nuestros protagonistas tuvieron que enfrentarse con todas sus consecuencias, dependiendo de ello su futuro. Narra como esas tradiciones en muchas aldeas eran muy fuertes, cómo estaban de arraigadas en el pensar de las personas. Por ellas eran capaces de enfrentarse a todo aquel que osara pasarlas por alto, muchas veces sin querer. No se daban cuenta de que la vida no se paraba en esas costumbres, que la vida seguía, que las cosas cambiaban, que nadie tenía derecho a imponer nada ni a atrincherarse en ellas.

Las personas de esta historia viven en un pueblo donde esas tradiciones rigen el comportamiento de los vecinos y sus costumbres llegan a ser tan fuertes que la gente vive atada a ellas y no miran si hacen daño o no, no se paran a pensar que lo que están haciendo está arruinando la vida de otras personas que no tienen la culpa de nada, que solo por vivir allí no pueden expresar sus sentimientos con la libertad que el corazón exige.

No sé si realmente esas costumbres fueron tan intensas, tan radicales, pero a mí me han ayudado mucho para hacer que esta historia tenga vida y pueda emocionar.

Dos jóvenes, dos vidas, dos futuros que se ven truncados por el qué dirán de los habitantes del pueblo.

CAPÍTULO UNO

La maleta ya estaba terminada, solo quedaba cerrarla. Ella le miraba con tristeza, observando todo lo que hacía su hijo. Le dolía verle marchar, pero entendía que era la única solución. Iba en busca de un futuro mejor, tenía toda la vida por delante. Ella ya había vivido la suya y se daba cuenta de que se quedaba sola. Él había sido su compañía desde que enviudó, pero ahora tenía derecho a hacer su camino. Ella nunca iba a ser un estorbo para él.

Sonó el claxon. Había llegado el taxi.

—Madre, es la hora.

—Lo sé, hijo. Cuídate, por favor, y abrigate mucho. Por esas tierras siempre hace mucho frío.

—No te preocupes. Estaré bien.

Ella le abrazó con fuerza sin poder reprimirse. No quería llorar para que él no se pusiera triste, pero su hijo se marchaba y ella no podía pensar en otra cosa.

—Mamá, si voy a estar bien. Te escribiré y en las vacaciones estaré aquí.

Antonio cogió su maleta y su maletín de mano, donde llevaba el pasaporte y la cartera con un poco de dinero. El resto, por miedo a que se lo pudieran robar, se lo había metido en los calcetines. También cogió el contrato de trabajo y unos papeles que le iban a ser necesarios. Él no se marchaba a la aventura como hacían otros, se iba con un contrato de trabajo.

Abrazó a su madre acariciándole el rostro, se metió en el taxi y se alejó lentamente de allí. Ella se quedó en la puerta de la casa, quieta, viendo como su hijo se iba, mientras se despedía de él con la mano y algunas lágrimas rebeldes corrían por su rostro.

Antonio llegó al puerto y subió al barco que lo iba a llevar hasta Vigo. Se sentó en la popa para poder mirar durante más tiempo aquella tierra que le vio nacer y crecer. Nunca había salido de allí, era la primera vez que lo hacía, pero no tenía miedo de enfrentarse a lo desconocido. Pensaba

que no era el primero que dejaba atrás a la familia, a los amigos y aun así, se sentía ilusionado. El barco se alejaba y con él la visión de su pueblo que se esfumaba en la lejanía. Para él, todo lo que le estaba ocurriendo era nuevo. Desde el día que decidió que tenía que emigrar, ya se estaba haciendo a la idea, incluso se había ocupado de arreglar los papeles necesarios. Había escrito a su hermana que estaba en Uster, una pequeña ciudad del cantón de Zúrich, en Suiza, para convencerla y que le buscara trabajo. A su madre no le había hecho mucha gracia, pero él quería marcharse y tenía todo preparado para cuando su hermana le mandara el contrato. Solo le quedaba fijar la fecha.

Ese día había llegado. No sabía muy bien cómo iba a hacerlo, pero cuando estuviera en la estación del tren ya lo preguntaría. El barco atracó en el puerto de Vigo. Cerca de allí había una parada de taxis y se montó en uno.

—Por favor, a la estación del tren.

El taxista se puso en marcha. Subieron por Carral llegando a la Puerta del Sol. Allí cogieron por Policarpo Sanz llegando a García Barbón y dejando atrás la caja de ahorros. A unos doscientos metros giraron a la derecha por Alfonso XIII y prácticamente enfrente se encontraron con la estación.

Antonio entró y fue directamente a preguntar a uno de los revisores que había en los andenes.

—Por favor, ¿el tren que va a Hendaya?

Después de que el hombre le indicara, Antonio subió e inmediatamente el revisor se le acercó.

—¿Le puedo ayudar?

El joven le explicó lo que andaba buscando y el revisor le señaló su asiento. El compartimiento estaba vacío. Había sido el primero en llegar. Subió la maleta a un estante y se quedó con el maletín de mano, que no quiso soltar porque llevaba toda su documentación y perderla supondría un grave problema. Se sentó y se relajó. Ya estaba allí y hasta llegar a Hendaya podía estar tranquilo. Miró el trasiego de pasajeros que iban y venían por la estación desde la ventanilla. Todo era nuevo para él y su curiosidad no hacía más que alimentarse.

Cerró los ojos por un momento, pero pronto algo le hizo abrirlos. Alguien entraba en el compartimiento.

—Buenas tardes.

—Buenas.

El hombre colocó su maleta en otro estante. Antonio siempre había sido muy malo para calcular la edad, pero pensó que pasaba de los cuarenta.

Se sentó frente a él sin decir nada, ni una palabra. Antonio se encontraba incómodo, pero tampoco sabía qué decir. De pronto, el hombre rompió el silencio.

—¿También vas a Hendaya?

—Sí, pero luego tengo que coger otro tren hasta Ginebra.

—¿Vas a Francia?

—No. Voy a Zúrich, en Suiza.

—Yo voy a Basilea.

—¿Es la primera vez?

—No. Vine antes de vacaciones. Para ti sí es la primera vez, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota?

—No te preocupes. Todos tuvimos una primera vez, pero todo irá bien.

El hombre ya no dijo nada más. Cerró los ojos disponiéndose a dormir o por lo menos a descansar.

Antonio le miró y quiso hacer lo mismo, pero de pronto una sacudida le hizo abrir nuevamente los ojos. El tren se había puesto en marcha. Había empezado su recorrido y ya sentía añoranza, pero el deseo de buscar algo mejor podía más. Sacudió su cabeza para apartar aquella idea. Lo mejor que podía hacer era cerrar los ojos y dejar que las horas pasaran, que aún le quedaban muchas por delante.

Cuando llegaron a Hendaya, Antonio tenía que coger un nuevo tren que le llevaría hasta Ginebra, pero no vio subir en él a su anterior compañero de compartimiento y supuso que iría en otro vagón.

Cada vez faltaba menos para llegar a su destino. Cuando subió al tren tuvo que dirigirse de nuevo al revisor para enseñarle el billete. Este le miró y le acompañó hasta su compartimiento. Antonio no soltaba su maleta ni su maletín. Al tren subieron muchas personas que iban a distintos lugares, era todo muy variopinto.

Una vez llegó a la estación de Ginebra, no sabía cómo se las iba a arreglar. En el andén de la estación había una señorita con una pancarta que invitaba a todos los inmigrantes que llegaban a Suiza a que se

reunieran con ella y posteriormente a seguirla. Pertenecía al Departamento de Sanidad. Una veintena de personas se dispusieron a acompañarla y ella les indicó:

—Por favor, dejen sus maletas en el departamento de equipajes. Más tarde las podrán recoger. Ahora deben seguirme. No iremos muy lejos.

Salieron de la estación y tomaron la calle que había a la derecha. Antonio que no conocía nada se dejó llevar.

No fueron muy lejos. Entraron en un edificio que parecía ser el Instituto de Sanidad y se dirigieron a una gran sala con asientos situada en la planta baja.

—Tendrán que esperar aquí hasta que les llamen —les indicó la señorita.

Las personas que se encontraban en esa sala eran todas muy distintas. A alguna de ellas se las veía nerviosas. Todas sabían lo importantes que eran aquellos reconocimientos. De no pasarlos no se les permitiría seguir y deberían volver a sus casas.

—Señores de Rodas.

Un matrimonio se levantó. Ella era alta, flaca de carnes, morena y, la verdad, no sobresaldría por su belleza. El hombre era desgarbado y su cara parecía indicar que no estaba muy bien de salud. Antonio no estaba preocupado por lo que le hicieran en aquel reconocimiento, ya que unos días antes de salir de su pueblo se había encargado de que su médico de cabecera le examinara para saber cómo estaba. Todo había salido bien. Por lo tanto, no tenía razón para estar nervioso.

—Señor González.

Antonio estaba tan absorto que no se había percatado de que le estaban llamando.

—¿Señor González?

—Perdón, perdón.

—Por favor, acompáñeme.

Antonio se dejó guiar por aquella señorita que debía ser una enfermera.

Entraron en una dependencia que daba acceso a la consulta del médico. Tras una puerta semiabierta se podía ver una mesa de despacho, una silla y un sillón donde estaba sentado el doctor.

—Por favor, quítese la ropa de cintura para arriba y siéntese un momento que enseguida le paso a buscar.

Como le había dicho, no tardó mucho.

—El doctor le espera. Pase, por favor.

El médico era un hombre relativamente joven. Se dirigió en francés a la enfermera y ella se acercó hasta donde se encontraba Antonio, le ató una goma un poco más arriba del codo y apretándola le dijo:

—Por favor, cierre la mano.

Cogió una jeringuilla y pinchó con la aguja una de las venas del brazo del muchacho, llenando de sangre su contenido.

—Ahora ya puede abrir la mano.

El doctor le examinó y luego le hizo unas preguntas a las que Antonio respondió.

—Ya hemos terminado. Pase a esa habitación y ya puede vestirse. Luego espere en la sala donde están los demás.

Antonio se sentó en la sala aguardando el resultado de los análisis y del examen médico.

El matrimonio Rodas se encontraba a su lado. La mujer estaba nerviosa y miraba a su marido constantemente. A Antonio le dio la sensación de que estaba asustada, de que tenía miedo, pero no sabía a qué. El marido se frotaba las manos temblorosamente. Estaba sudoroso.

—Señores de Rodas.

La pareja se levantó y se acercó a la enfermera.

—Señora, este sobre es para usted. Es el resultado de sus análisis y del examen del doctor. No tiene problema alguno, puede quedarse en Suiza para ir a su trabajo.

—¿Y mi esposo?

—Lo siento mucho, pero su esposo no puede quedarse. Tiene principio de neumonía y necesita que lo traten.

La mujer dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo sin articular palabra. Su marido no levantaba la cabeza, se le veía derrotado. Ambos se sentaron a esperar a que el doctor terminara con el resto de los exámenes.

—Serafín, cuando terminemos aquí cogeremos nuestras maletas en la estación y volveremos a Lugo.

—No, Ramona. Tú debes seguir aquí. No podemos perder esta oportunidad. Yo volveré al pueblo, iré al médico en cuanto llegue para que

me dé algún tratamiento y cuando esté curado lo volveré a intentar. Mientras, tú ya estarás trabajando.

—Pero ¿cómo vas a quedarte solo?

—Tenemos familia. Estaré bien. Tú preocúpate por ti en el trabajo. Solo serán unos meses.

Antonio que estaba a su lado escuchaba lo que el matrimonio se decía. Le daban pena, pero era algo a lo que todos estaban expuestos.

Ya en el tren camino de Zúrich, Antonio se concentró en lo que le quedaba por delante. Esperaba que alguien le recogiera en la estación para acompañarle hasta su lugar de residencia. Estaba seguro de que su hermana se encontraría allí.